

## HISTORIAS DE ABUELAS

# LEDDA BARREIRO, UNA MUJER QUE SIGUE LUCHANDO CON LA MISMA FUERZA QUE EL PRIMER DÍA

**LA ÚLTIMA DICTADURA MILITAR LE ARREBATÓ A SU HIJA SILVIA GRACIELA MUÑOZ, EMBARAZADA DE DOS MESES, Y A SU YERNO GASTÓN ANDRÉS LARRIEU. SU NIETA O NIETO DEBIÓ HABER NACIDO ENTRE JULIO Y AGOSTO DE 1977. DESDE LA FILIAL MARPLATENSE DE ABUELAS, LEDDA LO BUSCA INCANSABLEMENTE.**

Por Luciana Guglielmo

*"La libertad es una puerta, pero es una puerta pesadísima, y las mujeres y los hombres capaces de soportar el peso de esa libertad en la espalda son la sal de la tierra"*  
Eduardo Galeano

La vida puede golpear duro, puede arrebatar a los seres más amados pero la promesa del encuentro y el legado a continuar son motivos suficientes para no bajar los brazos. La Abuela Ledda, desde que desapareció su hija Silvia en diciembre de 1976 y desde que se enteró que un nieto venía al mundo, no dejó de buscar un solo instante a aquel pequeño al que ama profundamente. Lo imagina un hombre, flaco, alto y de rulitos, parecido a su papá Gastón, con la mirada tierna y dulce como la de Silvia. Espera y fantasea con el reencuentro, con poder mirarlo a los ojos y ayudarlo a descubrir su verdadera historia. Este sueño la mantiene fuerte.

## La Abuela

Se llama Carmen Ledda Barreiro, pero siempre la llamaron Ledda. Tiene 74 años, es alta, delgada y con una risa contagiosa. Es de esas mujeres con la voz calma y tierna, que transmite vitali-

## LEDDA FANTASEA ENCONTRAR A SU NIETO, CON PODER MIRARLO A LOS OJOS Y AYUDARLO A DESCUBRIR SU VERDADERA HISTORIA

dad y entusiasmo y con cada uno de sus relatos, logra cautivar a quien la escucha.

Su madre fue hija de italianos y su padre hijo de india y argentino por cuarta generación. Este último nació en Lobos, en el 1900, en el seno de una familia muy pobre. A los cinco años lo llevaron a trabajar a las cosechas de maíz y él, más tarde, solía contar las penurias que padeció por entonces. Pero no lo hacía con tristeza. El buen humor fue una de sus virtudes. Vivió intensamente y transmitió esta pasión a los suyos. Siendo un niño lo entregaron "como esclavo" hasta que a los 12 años decidió escaparse. Se unió a los "crotos", aquellos personajes que no tenían oficio ni domicilio fijo y que recorrían el país en los vagones de carga del ferrocarril. Ellos fueron quienes le enseñaron a leer y a escribir. Luego trabajó en varias estancias. Se convirtió en anarquista, camino inevitable a seguir entre aquellos hombres libres y con sueños tan altos. Posteriormente, se fue a trabajar a Mar del Plata, destino veraniego de la oligarquía en aquella época. Trabajaba en un lavadero y allí conoció a Rosa, la mamá de Ledda, que tan sólo tenía nueve años. Fue un amor fulminante. Por supuesto, tuvieron que esperar va-



La Abuela Ledda en la sede de la filial de Abuelas de Mar del Plata.

rios años para poder casarse. Ledda cuenta que su madre heredó de su abuelo la mirada transparente pero penetrante y la dureza en su temperamento. Todo lo contrario a su padre. Sin duda eran una pareja muy especial. El matrimonio Barreiro tuvo cuatro hijos. Ledda y su hermano mellizo, los más pequeños de la familia. Tratando de ganarse la vida, entre el trueque y algún que otro negocio que aparecía, el hombre de la casa hizo un gran apuesta con los panes de césped, ganó mucho dinero y en lo primero que invirtió fue en una casilla rodante. Quería ir a recorrer los caminos, aquellos que había andado de chico. Así fue como Ledda se crió, entre la naturaleza y las sabias enseñanzas de su padre. Aprendió que el respeto por el otro, como también la libertad, son los principales valores de un ser humano. La Abuela Ledda recuerda como mágica a esa etapa tan linda de su infancia que transcurrió entre Mar del Plata y el norte argentino. Mientras permanecieron en Río Hondo, Santiago del Estero, gran cantidad de gente llegaba a visitar a "Don Barreiro", a hablar con él, y Ledda recuerda que la casa era un desfile de divertidos personajes, jóvenes militantes que pasaban horas charlando y debatiendo sobre sus ideas. Y a Ledda le

## LA ABUELA LEDDA Y SU ESPOSO ALBERTO TAMBIÉN FUERON DETENIDOS Y ESTUVIERON ENCERRADOS DURANTE TRES MESES

fascinaba escucharlos y compartir esos momentos.

### Su juventud

Ya entrando a la adolescencia, en 1952, Ledda se enamoró de quien tiempo después se convertiría en su marido, Alberto Muñoz. Al principio sólo intercambiaron miradas, hasta que él se animó y le propuso encontrarse en el río. Fue un amor puro y genuino desde ese primer flechazo y a pesar de que tardaron cuatro meses para darse el primer beso, la espera valió la pena. Aún así, la historia no fue tan sencilla. Ledda estaba comprometida con otro muchacho con el que iba a casarse en octubre de ese año. A pesar de sus nervios, pudo enfrentarlo y decirle que el casamiento no se haría, pero tam-

bién tuvo que afrontar a su madre, quien se enojó bastante y le prohibió salir de la casa por dos años. Así fue que Alberto y Ledda empezaron a tener salidas secretas hasta que finalmente todo se logró arreglar y se casaron. A Ledda le costó adaptarse a las reglas de un hogar y a ser ama de casa. Siempre había vivido en un ambiente muy libre, relajado, y poner su propia casa en marcha fue complicado. Además, Alberto trabajaba en el casino y sus horarios eran bastante particulares, pero cuando hay amor todo se puede. Ambos hicieron concesiones, como en toda pareja, y lograron acomodar su hogar. Los hijos llegaron pronto. Para Ledda, haber quedado embarazada, fue tocar el cielo con las manos. Al año de que naciera Silvia, la primogénita, quedó embarazada de Beto. Se llevaron tan poco tiempo que se criaron prácticamente juntos, tenían una relación muy especial. Y luego llegaría el menor de la familia, Fabián. Nació cuando Silvia tenía 12 años.

### Silvia

Cuando Ledda habla de su hija, hay amor en sus palabras. Era una joven muy especial, con una humildad auténtica que la hacía una gran persona. La Abuela afirma que aprendió mucho de

su hija. La escuchaba, la observaba y logró entablar una relación de mujer a mujer muy estrecha cuando Silvia fue grande. Silvia era muy cómica, hacía reír a todos y, sin dudas, fue una de las personas que nutrió el alma de Ledda y de la cual aprendió un montón de cosas.

## PARA LEDDA, QUEDAR EMBARAZADA FUE TOCAR EL CIELO CON LAS MANOS. AL AÑO DE QUE NACIERA SILVIA, LLEGARÍA BETO

La Abuela recuerda la adolescencia de sus hijos como el momento más feliz de su vida, la casa llena de amigos, reuniones, alegría, risas, repleta de vida. Ella dice que su hogar era "un gran árbol frondoso lleno de pájaros".

Con el ejemplo inigualable de Don Barreiro, los chicos comenzaron su militancia. Silvia se inició en la Juventud Universitaria Peronista (JUP) y Beto en la Unión de Estudiantes Secundarios (UES). En aquella época, Silvia estudiaba psicología pero tuvo que dejar a causa de la persecución política. Sin embargo todavía había lugar para los encuentros. Beto se puso de novio con una jovencita llamada Ivonne, cuyo hermano Gastón -militante de la Juventud Trabajadora Peronista (JTP)- se enamoró de Silvia. Así empezó una hermosa relación en medio del dolor y la violencia que se vivían por entonces. Lejos de la calma tan deseada, primero llevaron detenido a Beto, y tras sufrir varios allanamientos en la casa de Ledda, Silvia y su compañero decidieron irse a vivir a la ciudad de La Plata. La noticia le cayó como un balde de agua helada a la Abuela, pero sabía que era lo mejor para su hija. Así todo, Ledda, Alberto, Silvia y Gastón lograron encontrarse cada tanto y pasar algunos días juntos. El 22 de diciembre de 1976, Silvia iba a darles un gran regalo de Navidad a sus padres. Les diría que estaba embarazada. Pero ella nunca llegó al lugar fijado para el encuentro. Desde ese momento, Gastón, Alberto y Ledda buscaron a Silvia incansablemente. La fecha de desaparición de Gastón es incierta, ya que en el año 1978, una prima de él lo vio en el tren y él le hizo una seña como para que no lo saludara. Ledda no lo vio nunca más. Tiempo después, la Abuela y Alberto fueron detenidos, estuvieron encerrados durante tres meses. Pero en ese momento de tanta angustia y desesperación, recordó a su padre y aunque sintió que estaba bajo tierra, ella jamás se consideró prisionera. Para Ledda, la dictadura militar no le quitó jamás la libertad interior por más capucha y esposas que le hayan puesto y eso se lo enseñó su papá, a sentirse libre, a desear la libertad.

Luego la Abuela tuvo varios problemas de salud, pero logró recuperarse muy bien. Ella siente que Silvia le dejó una gran herencia y un gran legado, encontrar a su nieto. Y para eso trabaja incansablemente todos los días en la sede de las Abuelas en Mar del Plata. Esperando a aquel joven alto con rulitos. Guardando celosamente ese abrazo tan soñado que le tiene preparado.